



La Lectura Popular

AÑO XVI

Orihuela 1 de Febrero de 1898.

Núm. 347

LOS COBARDES

Alto, delgado, de cara arrugada y pilonga, de carácter serio y áspero, nada comunicativo, de temperamento sanguíneo, y con cara de pocos amigos, era un marinero viejo, que vivía en un pueblo de bastante vecindario, situado á orillas del mediterráneo. Había servido muchos años á bordo del navio «Soberano», y cumplido su servicio, se vino á su casa, y se dedicó al arriesgado oficio de contrabandista: porque no le gustaban las ocupaciones en que no se arriesgase por lo menos la vida.

Del retrato físico puede deducirse el moral.

No se cuidaba de observar los mandamientos de la Iglesia, y había sido muy poco cumplidor de algunos de la ley de Dios. Y de esta omisión no se jactaba, ni se metía en que los demás cumplieren sin duda para que nadie se metiera con él.

Fueron por aquel tiempo de misión á aquel pueblo dos Padres Capuchinos uno de ellos ya anciano: y hubo algun vecino que indicó á este, dándole antecedentes de su vida y carácter, que tentase de traer al buen camino al viejo marinero; barco, que, según decían, era muy difícil de abordar. Pero el religioso preciábase de buen marino, conocía perfectamente los flacos de las embarcaciones, y se propuso carenar aquel barco que hacía agua por todas partes. Y así, una tarde al caer el sol, dirigió sus pasos á la casa del viejo marinero, que sentado á la puerta de su casa, cara al mar, fumaba en su pipa, que nunca se le caía de la boca, por lo cual le llamaban el tío Pipa.

Preguntóle el Padre, como quien lo ignora, por dónde se iba á su morada.

Contestóle con urbanidad el viejo, y creyéndole cansado, le ofreció una silla, que aquel aceptó con gusto.

Hablaron largo rato de todo, y más que de todo, del mar y de sus achaques, y de sus g. lfas, brujos, bancos, escollos, peligros

y tempestades; y quedó encantado nuestro marinero al oír al Padre hablar de marinería como un consumado marino; estableciéndose entre ambos una corriente de amistad y franqueza, que ya era mucho tratándose de aquel difícil viejo.

Se habló de todo menos, por supuesto, del objeto de la visita. Claro es que el Padre, conocedor de la situación del barco que tenía á la vista, sabía que no era hora ni ocasión propicia para atracarle. Se despidieron muy amigos, ofreciéndole el tío Pipa su casa y citándose para otra tarde, en la que proseguirían sus pláticas de cosas de la mar.

Tres tardes más se reunieron amigablemente, insinuándose más y más el Padre en el ánimo de aquel áspero viejo, y haciéndole tomar confianza; y al final de la tercera, que era domingo, díjole aquel:

—Hombre, no le he visto á usted hoy en la iglesia; conozco de vista á casi todos los hombres de aquí.... y....

—Es que, contestó el tío Pipa, un poco turbado, yo no voy á la iglesia.

—¿Como! ¿ni para oír misa?

—No señor; no quiero mentir; la mentira es una cobardía, y yo no he sido nunca cobarde: hace muchos años que no he estado en la iglesia.

—¿Pero hombre! una cosa que cuesta tan poco como oír misa.

—¿Qué quiere usted Padre; tantos años navegando...

—Pero ahora no navega usted. Y es claro; tampoco se habrá usted confesado en esta misión.

—Desde que era niño, no me he confesado, contestó ya algo confuso.

—¿Quiere usted confesarse conmigo? le dijo de pronto el Padre disparándole el primer cañonazo á quema-ropa.

—¡Bah! no señor; contestó titubeando. Yo creo que basta que Dios sepa lo malo que hacemos: á nadie más le importa, pero lo mejor será que hablemos de otra cosa. ¿He de ir yo como una beata, á arrodillarme ante un confesonario.... ¡Buena estaría el tío Pipa dándose golpes de pe-

chol ¿Qué dirá el pueblo?

—Ahí está, ahí está el mal. ¡Qué dirán! Ahí tiene usted la rémora que detiene en su camino á muchos barcos. Vamos, prosiguió el Padre: usted no viene á confesarse, porque.... ¿quiere usted que se lo diga? ¿no se incomodará usted?

—No señor; hable usted con franqueza.

—Pues usted no se confiesa.. (á la una, á las dos, á las tres...) porque es usted un cobarde. Al oír el tío Pipa llamarle cobarde dió un salto de la silla....

—Si otro que usted me hubiese dicho eso, le meto la pipa por la boca y se la saco por el cogote.

—Lo cual sería, dijo con calma el religioso, meter la pipa por un lado y sacarla por otro; y nada más; pero no por eso dejaría de ser usted un cobarde.

—Padre, padre; dijo trémulo de cólera, nadie en el mundo se ha atrevido á llamarme cobarde, pues he dado pruebas en mi accidentada vida de no serlo.....

—Si, si, lo creo; pero es que para soportar con serenidad las tempestades del mar y los peligros del Océano, y para despreciar la vida tanto en el barco como en la tierra, se necesita valor, ¡ya lo creo! pero se necesita más, mucho más, para venir públicamente y desafiando al *qué dirán*, á confesarse conmigo. Aquel valor lo ha tenido usted y lo tiene; pero este, venir á confesarse.... vamos, confiese usted esto: este valor no lo tiene usted; por eso le digo que es usted un cobarde.

—¿Otra vez?

—Sí, y otra, y otras ciento. Venga usted; vengá usted el *qué dirán*—á quien usted tiene miedo—y entonces diré que es usted un valiente.

—¿Sí? pues el tío Pipa va á confesarse con usted, y pasará por encima de ese *qué dirán*, y por encima de un navio de tres puentes, si necesario fuere ¿A qué hora está usted en casa?

—Para usted á todas.

—Pues esta noche, en punto las doce, estaré allí.

—Le espero. A ver si me cumple la pa-

labra.

—Jamás he faltado á ella.

Nuestro capuchino esperó, y efectivamente, el tío Pipa..... no fué.

Por la tarde pasó el Padre por la puerta de aquél, que estaba como siempre con la pipa en la boca.

—Hola, tío Pipa, díjole con sorna; ¿Cómo va de cobardía?

—Entre usted aquí y hablaremos.

Y entraron en la casa.

—Si que fué, dijo mirando fijamente al Padre. En punto las doce salí de casa, me encaminé á la de usted, y poco antes de llegar—no me avergüenzo de decirlo—parecía que el barco tropezaba en un banco de arena, parecía que iba á encallar, y... vamos, viré de bordo y me volví al puerto.

—Pues eso fué, dijo sonriéndose el Padre, que el barco se dirigía aquí con la brisa de la resolución, y á poco sopló el viento de tierra de la cobardía; y como un patrón novel, que hace su primer viaje, le tuvo usted miedo al mar.....

—Basta, padre; se lo suplico. Esta noche voy á su casa, aunque se opusiese un navío de cien cañones. No habrá bancos, ni escollos, ni vientos contrarios que detengan mi buque. Enfilaré la proa y mi brazo es aún bastante fuerte para que no se desvíe el timón ni siquiera un grado. Si no voy, es que me ha tragado el mar.

—Pues hasta la noche.

En efecto minutos despues de las doce estaba el tío Pipa en casa del misionero.

—Aquí estoy. Cumplo mi palabra.

Y entraron en la habitación del Padre.

—Vengo decidido á confesarme con usted; nada le ocultaré, Padre mio. ¡He cometido tantos pecados, traigo tantas culpas aquí dentro, hace tanto tiempo que está sucia la cala de este barco, hace tanto tiempo que no me he ocupado de Dios! que temo que este no me perdone; y, francamente, que usted se asuste al escucharle.

—En cuanto á lo de que Dios le perdone, contestó con dulzura el Padre, no tenga usted pena: por grandes y numerosas que sean sus culpas, es más grande la misericordia divina. Más tenía el mal ladrón, y fué perdonado poco antes de espirar. ¿Porqué? porque tenía verdadero arrepentimiento. ¿Usted lo tiene? pues dése usted por perdonado. En cuanto á que yo me asuste.... me hace usted reír. Yo, ni otro confesor cualquiera se asusta jamás oiga lo que oiga. Me asusto, sí cuando veo á un pecador que se empeña en permanecer impenitente.

—Pues vamos;—y se arrodilló á los pies del religioso.

Comenzó su confesión. A cada andanada de pecados que disparaba aquella boca, levantaba furtivamente nuestro penitente la mirada para ver qué cara ponía el Padre; pero éste oía aquella tempestad de culpas como si estuviese escuchando la confesión de una cándida novicia. Cobró ánimo el penitente viendo la serenidad y casi indiferencia del confesor, abrió su corazón, vació sus pecados que no eran pequeños, y—he concluído—dijo, dejando caer la cabeza sobre el pecho.

—¡Cóm! dijo haciéndose el asombrado el padre ¿no hay más?

—¿Qué más quiere usted que haya? contestó el marinero.

—¿Pues dónde están aquellos pecados gordos de que yo me había de asustar? Pero hijo mío, ¡si esto se oye todos los días!

Y el tío Pipa dió un gran suspiro, como desahogando su pecho de un gran peso, y le cayeron dos lágrimas..... —á aquel hombre que había mirado cara á cara con serenidad las tempestades del Océano....

Entonces, el Padre que le vió contrito y humillado con la mayor dulzura lo apretó, lo puso suave como un guante y como á un guante le dió cuantos dobleces quiso.... y al amanecer salió el tío Pipa de casa del misionero limpios los fondos del barco de su conciencia y con el suficiente valor para encojerse de hombros ante los que le echasen en cara que se había arrodillado ante un cura.

Era ya el gran valiente; se había vencido á sí mismo.

Joaquín Martínez Lozano.

La penitencia

El Sacramento de la Penitencia es la medicina del alma. Nuestra pobre alma, llena de miseria por el pecado original, y seducida sin cesar por el demonio, que la arrastra al mal, sucumbe muchas veces en esta lucha, perdiendo la gracia del Señor.

El Bautismo nos une á Jesucristo y nos da la vida del alma, la Confirmación perfecciona esta union; y la Penitencia repara y vuelve á unir con Dios al que se separó de Él. Esta union se enfria, digámoslo así, y se va deshaciendo con el pecado venial, y se destruye por completo con la desgracia del que pecó mortalmente.

Para los que tenemos la desgracia de pecar, nuestro Redentor depositó en manos de sus ministros, los Prelados de su Santa Iglesia, el remedio único despues de la caída. Este remedio es el Sacramento de la Penitencia, es decir, el perdon que otorga el Sacerdote, ministro del Señor, al pecador arrepentido despues de la confesion que se hace de todas nuestras faltas. Jesucristo instituyó este gran Sacramento de misericordia el día

mismo de la Pascua, diciendo á sus Apóstoles: «Recibid el Espíritu Santo; así como mi Padre me envió, yo os envío. Los pecados serán perdonados á aquellos á quienes perdonáreis; á aquellos á quienes los retuviéreis, serán retenidos.» Desde entonces los cristianos van á confesar sus pecados á los ministros de Dios, y reciben la absolucion, es decir, el perdon en nombre de Nuestro Señor Jesucristo y por los méritos de su Pasión. Las palabras del Señor son bien claras y terminantes, y hace diez y nueve siglos que la Iglesia Católica las ha practicado y explicado de la misma manera.

El verdadero motivo que impele á algunos á rehusar la confesion, es el orgullo, que se levanta y brama al tener que confesar una falta cometida: es la falta de fé que hace desconocer la enormidad del pecado y la excelencia de la gracia de Dios. ¡Desgraciados! ¡Qué desesperacion y eterno castigo les espera si tienen la desdicha de morir en semejante error; como mueren tantos de ellos!

¿QUÉ ES LA GRACIA?

Es la gracia una luz sobrenatural que facilmente puede apagarse; es un piadoso movimiento de la voluntad: es una saludable inspiración que enseña al alma lo que debe hacer, y al mismo tiempo la comunica fuerzas para ejecutarlo. Pero si no se corresponde con fidelidad y sin dilación á esa gracia, se apaga esta preciosa luz, cesa este piadoso movimiento, y esta saludable inspiración se convierte en nuevo cargo.

MEDITACION

Considera que hay en el mundo una sabiduría falsa que engaña, deslumbra y conduce al precipicio: como yerra en los principios, no puede menos de engañarse en los medios y en el fin. Fúndase esta sabiduría en la ilusion; todos sus alcances nacen de su propio fondo, y nunca salen de su esfera; mezclados con las tinieblas, y casi del todo impedidos con la oscuridad, jamás miran los objetos como son.

PENSAMIENTO

Con dificultad llegamos á alcanzar lo que hay en la tierra, y hallamos con trabajo lo que tenemos delante. Pues lo que está en los cielos. ¿quién lo investigará?

Quién sabrá tu consejo, ¡oh, Dios si tú no le dieras sabiduría, y desde lo más alto enviares tu santo Espíritu?

HUIR ES VENCER

Sansón, David, Salomón
Esperando pierden gloria,
Rendidos á su pasión;
Josef alcanza victoria
Huyendo de la ocasión,
Quien pretenda resistir
No se atreva á ácometer

Que acometer es morir,
Y sólo sabe vencer
El que sólo sabe huir.
Huye, huye la ocasión
Que no serás en la lid
Más sabio que Salomón.
Ni más santo que David.
Ni más fuerte que Sansón.

Juana de Arco

COMO SE SALVA UN PUEBLO

En 1429 Carlos VII de Francia no tenía siquiera el nombre de rey, sino el de Delfín porque el Arzobispo de Reims, asistido de los doce Pares, aún no había ungido su frente con el santo óleo, signo indispensable de aquella adopción suprema con que la Iglesia reconocería á los sucesores de Clodoveo como sus hijos mayores; aquel monarca débil y apocado, que hasta de la legitimidad de su nacimiento dudaba, no disponía de más tierras para reinar que de las escasas que ingleses y borgoñones, en guerra contra él, le habían dejado: audaces, rudos y bien templados guerreros como Barbasán, La Hire, el mariscal de Boussac y el condestable de Richemont, luchaban denodados por sostener la vacilante corona; pero ¡ay! que apenas si lograban más que contener en contadas ocasiones el rudo acometimiento de las armas invasoras: los Estados decretaban recabar subsidios que nunca habían de entrar en las cajas reales, Paris estaba ocupado militarmente, el sitio de Orleans angustiaba á todo el reino, y tan persuadido estaba Carlos VII de que todo le salía al contrario, yendo de mal en peor, que á sus oídos llegaba sin inconveniente el consejo de que sacrificar la mitad de su reino, y hasta que se retirase al Delfinado ó á Castilla; llegó, en fin, el monarca á tal apuro, que ya preparaba su embarque en la Rochela para ir á Escocia: ya nada se podía esperar de los hombres; era, pues, llegado el momento de que se mostrase de una manera especial la Providencia de Dios, en la cual, á pesar de todo su escepticismo, siempre ha confiado la nación de San Luis y Clodoveo. La intervención divina—*gesta Dei per francos*—iba á resaltar tanto más cuanto era más quebradizo y débil el instrumento de que se iba á servir para su gloria, y ese fué Juana de Arco.

La cual nació en 6 de Enero de 1412, en Domremy. Creció á la sombra de su iglesia parroquial, donde con frecuencia confesaba y comulgaba adelantando en piedad visiblemente. Visitaba con devoción afectuosa las capillas de los contornos y bastábale oír de lejos la campana de alguna iglesia para prosternarse en el campo, donde á veces cuidaba de los rebaños de su padre; de compleción robusta y bien formada, alta, algo morena, de negros cabellos, dotada de vigor poco común, que contrastaba con su voz de femina dulzura, modesta en su porte, graciosa y

alegre en su trato; tal es el retrato que de esta gallarda jóven nos hacen sus contemporáneos. Sencilla y grave era su vida cuando, estando entre los árboles de la heredad paterna, oyó por vez primera los acentos con que el Arcángel San Miguel, patrón de Francia, acompañado de las Santas Catalina y Margarita, le decía: «Que Dios se apiadaba mucho del reino de Francia, y que era menester que ella partiese á defenderla.» Estas apariciones menudearon hasta repetirse dos y tres veces por semana, y dejaban en su espíritu la idea de que así como Francia había sido perdida por una mujer (Isabel de Baviera), convenia que una virgen devolviese la corona al rey de Francia. Juana de Arco, según su propia declaración, no sólo habló, sino tocó y abrazó á dichas santas, en cuyas manos consagró la virginidad de su cuerpo y su alma, aunque no se lo exigieron, asegurándole en cambio que, si respetaba aquel voto, la conducirían ciertamente al Paraíso. Dócil la futura heroína al llamamiento celestial que se le hacía, consiguió que un primo suyo la presentase al Sr. de Baudricourt, capitán de Vaucouleurs, y como á éste le anunciara que por voluntad del Rey del cielo ella había sido encargada de libertar á Francia y conducir al Delfín á Reims para que fuese coronado, el capitán la despidió con malas palabras. Mas adelante volvió Juana á presencia de dicho capitán á quien expuso que preferiría de buen grado hilar junto á su madre á acometer aquella empresa, pero que era indispensable por quererlo así el Señor. Vencido por tanta fé el capitán, hizo que dos soldados y cuatro criados acompañasen á caballo á Juana, que de noche partió hacia Chinón, donde se hallaba el monarca.

Pasaron aviso á éste de la llegada de Juana, á quienes los habitantes de Vaucouleurs habían equipado militarmente, y dispuso el rey que en el gran salón del castillo, iluminado por antorchas, recibiesen á la recién llegada. El monarca, vestido con traje que no indicaba su realeza, estaba medio oculto entre los que recibieron á Juana, que en seguida le reconoció y le pidió hablarle á solas. Concedido esto por el rey, díjole la heroína que desechase los escrúpulos que le fatigaban acerca de la legitimidad de su nacimiento, y que mandada por Dios iba á obligar á los ingleses á que levantasen el sitio de Orleans y á llevarle á él, á Carlos VII, á ser coronado en Reims. ¿Quién guiaba á aquella joven de diez y siete años? Para algunos era santa insigne y ángel más bien que mujer; para otros instrumento del demonio. Juana de Arco fué puesta al frente del ejército, y la historia ha reconocido que su valor era una especie de ardimiento místico que retaba la muerte y no la producía; pues para no matar, llevaba un estandarte en vez de lanza, y se enorgullecía de no haber dado muerte á nadie, así como no quería á su alrededor sino soldados en estado de gracia. Tenía el instinto de la guerra, la mirada de águila de los grandes capitanes, que adivinaba los

secretos de la batalla desde que percibía al enemigo. Desde que en 29 de Abril de 1429 entró en campaña, se reveló conocedora de los principios de la táctica moderna, rápida en ordenar los movimientos, vigorosa en los ataques, resistente en las marchas redobladas á través de las fortificaciones, y audaz, en fin, en las sorpresas de los puestos importantes. En nueve días realiza la primera parte de su programa de guerra, esto es, obliga á los ingleses á levantar el sitio de Orleans, y en seguida manda á los capitanes franceses lo que parecía temerario de pensar y de árdua ejecución: llevar al monarca á Reims, á través de ochenta leguas, defendidas por guarniciones inglesas, para que fuese consagrado rey de Francia; y poco después, el 17 de Junio, Juana de Arco, junto á un altar de la catedral de Reims, teniendo en la mano el estandarte victorioso, presenciaba la realización de sus designios gigantescos.

Aquella mujer sublime, heroína no igualada, virgen que alcanzó las cimas de las más regalada castidad cristiana, profetisa de celestiales designios realizados, consumó su preciosa vida como mártir.

Imitó al Redentor del mundo en su vida y en su muerte sufrió como él en calvario; pero dejó probado al mundo que para salvar á los pueblos solo se necesita la fé en Dios cuya mano es la que los salva.

REGINO.

Fragmentos de un artículo de *La Hormiga de Oro*, modificados y adaptados á «LA LECTURA POPULAR»

Eloy Alfaro

COMO SE PIERDE UN PUEBLO

El Ecuador fué grande, feliz y próspero en todo sentido mientras rigió sus destinos el grande hombre, el inmortal García Moreno, el Felipe II de la América y del siglo XIX; entonces andaba, ó mejor diré volaba por las vías del verdadero progreso moral y material; pero desde su muerte, empezaron los mandatarios que le sucedieron á apartarse de la senda que él les trazara, basada en aquellas palabras que encerraban su programa de gobierno. *Libertad para todo y para todos, ménos para el mal y los malhechores.*

Hace treinta meses que D. Eloy Alfaro, por uno de esos caprichos inexplicables de la suerte, se apoderó del Ecuador, y en tan corto espacio de tiempo ha convertido este pobre país en un verdadero campo de ruinas y desolación.

El incendio, el robo, ha tomado posesión de la república y campea á sus anchas, impune y victorioso desde las alturas del poder... Alfaro esparció la semilla maldita sobre el suelo ecuatoriano y la semilla ha germinado.

El predominio del crimen es fruto de la impunidad. El primer paso que dió Alfaro en el ejercicio del poder fué abrir las cárce-

les de las provincias, la penitenciaría de la capital, y arrojar sobre la sociedad doscientos y tantos criminales, sentenciados los más por crímenes atroces que debían haber expiado en el patíbulo.

De aquellos doscientos y más criminales, algunos lucen hoy galones y charreteras, se sientan en el banquete del presupuesto y forman parte de la corte del tirano; los demás se han diseminado por la república á continuar sus hazañas.

Cuando se atacan violentamente las arraigadas creencias del pueblo cristiano, se rompe por la fuerza la unidad religiosa que ese pueblo conserva como su más precioso tesoro: se cierran las escuelas y colegios, convirtiéndolos en cuarteles; se destierra la enseñanza religiosa; no hay libertad en la prensa ni para quejarse, permitiendo solo la asalariada que inciense al tirano y sus esbirros, según la paga que recibe; vidas y haciendas están á merced de cualquier cacique, y gimen en el ostracismo santos y venerables Obispos, como los de Loja, Manabí y Riopanda, calumniados; perseguidos, señalados por el puñal del asesino, llorando sobre sus abandonadas iglesias en lejanas tierras: en una palabra, cuando un pueblo quizás por sus pecados cae en manos de hombres sin religión que le arrancan su fé y le empujan á la herejía, ese pueblo se pierde.

Fragmentos de una carta dirigida á (El Siglo Futuro) modificados y adaptados á «LA LECTURA POPULAR.»

PRECIOSOS FRUTOS

Han terminado en Barcelona las misiones que simultáneamente se han dado en las principales iglesias de aquella ciudad y se calcula en más de setenta y cuatro mil las personas que se han acercado á la sagrada mesa á recibir el Pan eucarístico.

Los Padres misioneros al despedirse han publicado una hoja en que se leen estas verdades.

«¡Cuán felices seriais si perseveráreis todos como estais hoy, con los mismos sentimientos, con los mismos buenos deseos de procurar salvaros! ¡Esta poblacion parecería un pueblo de hermanos, donde, cumpliendo cada uno con su deber, procuraria cooperar al propio tiempo al bien de los demás, y todos harían lo mismo con él!

¿De dónde ha venido ahora tanto bien? De que habeis recibido á los misioneros como á embajadores del cielo, y sus palabras, como palabras de Dios; y el Señor ha premiado vuestra atención y asiduidad, enviando á vuestros dóciles corazones torrentes de gracias y bendiciones celestiales.

¿No sois ahora más felices que cuando erais pecadores? Y las dulces lágrimas de arrepentimiento que habeis derramado á los pies del Crucifijo y á los del confesor, ¿no es verdad que han llenado vuestro corazón de mucho mayor consuelo y felicidad que el que goza-

bais al darrienda suelta á vuestras pasiones?

Pues de vosotros depende conservar esa felicidad y la paz de vuestras conciencias; por que la gracia de Dios no os ha de faltar. Conservad presentes, más que en la memoria, en el corazón, las verdades eternas que os han predicado en estos dias de salud y gracia.

No olvideis que estais en el mundo, no para proporcionaros riquezas, placeres y dignidades; no para vivir á vuestro antojo, sino para salvar vuestra alma y merecer de este modo el cielo. Habeis visto cuán horrible mal es el pecado, le habeis detestado como su único verdadero mal, pero muy especialmente se os ha demostrado cuán abominable es, y cuántas almas arrastra á la perdición el pecado de la impureza. Recordad toda vuestra vida que la muerte es inevitable y sólo hemos de morir una vez, después de la cual hemos de dar á Dios estrecha cuenta de todos nuestros pensamientos, palabras y obras. Que todos los sacrificios que os pida Dios son pequeños con tal de evitar el infierno y merecer el cielo,

Tened muy presentes las verdades que tanto os hemos inculcado. Vamos á dejaros escritas aquí algunas de ellas, para que las recordéis mejor.

Para los que han adquirido riquezas injustamente, ó restitución ó condenación.—*Antes morir mil veces que pecar.—No tenemos más que un alma, y ésta ha de ser, ó eternamente feliz ó eternamente desgraciada.—Aunque tú olvides la muerte, ella vendrá á sorprenderte.—Quien en pecado se acuesta; del infierno está á la puerta.—El deleite pasa luego, y sin fin durará el fuego.—Piensa en esto, pecador: un alma, una muerte, un Dios.—Quien perdona al enemigo, tiene á Dios por fiel amigo.—Si el perdón no es verdadero, cerrado se queda el cielo.—Quien no deja la ocasión, en vano espera el perdón.—Quien no devuelve lo ajeno, en vano dice que es bueno.—Si culpa mortal callaste, en vano te confesaste.—Podrás engañar al hombre, mas de Dios nada se esconde.—Cuando maldices airado, hablas como un condenado.—El logrero y el ladrón, de una misma estofa son.—Al cielo conduce y guia la devoción á María.—Comunión frecuente y buena, es p. en da de vida eterna.*

LEY DE AMOR

Llamamos la atención á nuestros lectores hacia el anuncio bibliográfico de la obra de este título, inserto á continuación y que constituye el complemento de los trabajos del eminente escritor D. Santiago Ojea autor de «La Vida Feliz y Maravillas Divinas etc.

Todos estos libros constituyen un magnifico catecismo al alcance de todos pero sabio y profundo á la vez.—Los que hayan leído alguna de sus partes comprenderán la razón con que los recomendamos repitiendo una y mil veces que estas obras del Sr. Ojea deben figurar en la biblioteca de todos los padres de familia que puedan adquirir las aunque sea haciendo un pequeño sacrificio.

LA FELICIDAD

¿Qué es la felicidad? Nadie lo sabe... Siempre tras ella el corazón se va, Y Cuando piensa que á obtenerla llega Oye una voz que grita...*Más allá!*...

¿Qué es la felicidad? Sueño del alma, Su constante y sublime aspiración, Algo que no se compra ni se vende, Que sólo Dios lo envía al corazón.

Es para muchos alcanzar la fama. La riqueza, la gloria ó el poder; Para pocos, amar y ser amados, Trabajar para el cielo y padecer.

BIBLIOGRAFIA

LEY DE AMOR Ó SEA EL DECALOGO.—Con exposición apartada a las necesidades de los tiempos actuales, por D. Santiago Ojea y Marquez, Presbítero. Con licencia eclesiástica.—Dos tomos 8 pst.—Obras del mismo autor.—*Tesoro del Corazón de Jesús*.—Los Sacramentos, dos tomos 7 pst.—*Maravillas divinas*.—El Símbolo apostólico, dos tomos 8 pst.—*La Vida feliz*.—Virtudes cristianas, cuatro tomos 12 ps.—*El Reino de Jesucristo*.—La fé y los vicios á ella opuestos, un tomo 5 pst.—*Observaciones doctrinales á ricos y á pobres*. 1 pst.—En pasta, 75 céntimos más par cada tomo.

NOTA.—A los libreros se le hará el 20 por 100 de rebaja.—Quien tome cualquiera de las cuatro primeras obras adquiere derecho á recibir las dos últimas por la mitad de su precio.—Puntos de venta: Administración de La Semana Católica, Paz, 6, principal; en casa del autor, San Vicente Alta, 56, 3.º y en las librerías de D. Graciano del Amo, y D. Enrique Hernandez.—Paz, 6.

EL BUEN COMBATE.—Hemos recibido el opúsculo correspondiente á Enero de la colección así titulada que publica la Librería y Litografía Católica de Barcelona. Titúlase este Liberalismo casero (segunda parte), por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro. Nuevamente encarecemos á nuestros suscritores la difusión de estos opúsculos, que ilustrados con bonitos grabados y con hermosa cubierta de colores, se admiten suscripciones y se expenden; para poder contrarrestar la propaganda impía, á los precios siguientes:

A 1 ejemplar mensual. 1'50 ptas, al año.—14 ejemplares mensuales 0'50 cada mes.—18, 1.—12, 1'50.—120 2'25.—150 5.

Dirigirse á D. Miguel Casals, Píno, 3, Barcelona.

Se mandan prospectos gratis á quien los pida.

LA LECTURA POPULAR

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc, ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción. 4 pesetas mensuales.
Media id. 2 "
Un cuarto id. 1 "
Un octavo id. 0'50 "

Dirigir la correspondencia á D. Pascual Garcia, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse también la suscripción en Madrid en la administración de La Semana Católica, Bolsa 10, y en las demás librerías católicas.